



x

ASEDIO Y ASALTO DE CUAUTLA

El sitio de Cuautla cierra la segunda campaña de Morelos. La situación militar del país se había modificado en poco más de un año de una manera muy favorable para la causa independiente. En las instrucciones reservadas dirigidas al general Calleja por el virrey Venegas se puede adivinar la angustia del gobierno virreinal.

En estas instrucciones decía Venegas que la ciudad de México se encontraba rodeada de insurgentes, escasa de víveres, interceptadas las comunicaciones y con los únicos caminos relativamente libres de Toluca y de Texcoco en peligro de ser obstruidos. Las partidas de los Villagranes y del cura Correa eran obstáculos para el comercio con el interior del país, principalmente para la industria minera, que no contaba con pólvora, azogue y otros efectos indispensables para la explotación. Las avanzadas del ejército de Morelos llegaban hasta las garitas de la ciudad, y las comunicaciones con Valladolid, Puebla y Tlaxcala se hacían también con grandes dificultades. La falta de correspondencia con Orizaba y Veracruz produjo tan serios trastornos, que dos millones de pesos destinados a salir para España quedaron varios meses en la capital, por no poderlos remitir con seguridad a Veracruz por falta de tropas. Oaxaca tenía todas las provincias que la separaban de la capital ocupadas o recorridas por insurgentes. El comercio con Acapulco era imposible y, por tanto, no se podía descargar la nao de China ni introducir los efectos, que sólo por derechos de importación significaban al gobierno un millón de pesos.

Y todos estos males, agrega el virrey, “están apoyados en el cuerpo de Morelos, principal corifeo de la insurrección en la actualidad, y podemos decir que ha sido en ella el genio de mayor firmeza, re-

cursos y astucias, habiendo ciertas circunstancias favorables a sus designios... Es, pues, indispensable combinar un plan que asegure dar a Morelos y su gavilla un golpe de escarmiento que los aterrorice, hasta que abandonen a su infame caudillo si no se logra aprehenderlo.”

En estas circunstancias, destruidas o inutilizadas todas las tropas reales en el sur de la Nueva España, no tenía más recurso el virrey que acudir al ejército del centro. Cuando los independientes ocuparon Taxco, Venegas ordenó a Calleja que abandonara las provincias del interior y se dirigiera a recuperar la plaza tomada. Desde entonces comenzó la sorda lucha entre la autoridad del virrey y la soberbia razonada del jefe español. El ejército del centro, rechetado por Calleja principalmente en las provincias de Guanajuato y San Luis, con oficiales, jefes y soldados de arraigo en su terreno por intereses y familia, enviado a combatir en clima hostil y contra enemigos bien distintos de los que venció en Aculco y Calderón, se hubiera deshecho solamente con la marcha a Taxco por las deserciones, la dificultad de conducir la artillería y los temibles obstáculos de la naturaleza.

Calleja no quería perder el ejército que había formado con indiscutible constancia y energía y que era el mayor elemento de su preponderancia y la base de sus ambiciones. Buscaba tal vez, al mismo tiempo, que el virrey accediera a conceder premios a sus tropas, que no había logrado a pesar de su insistencia. Calleja decía de su ejército y de sí mismo:

“Este ejército, restaurador del reino, vencedor en cuatro acciones generales y treinta y cinco parciales, está muy a cubierto de toda murmuración racional, y yo muy tranquilo sobre este punto.

“Yo he hecho por mi patria cuantos sacrificios ella tiene derecho a exigir de mí, sin pretensión ni aun a que se conozcan... Yo he sido el único jefe en el reino que ha levantado y conservado tropas, arrancándolas del seno mismo de la insurrección, y este propio ejército, cuyo mando me hizo V. E. el honor de confiarme, se compone de ellas en la mayor parte. Abandoné mis intereses, que hubiera podido salvar como otros, y que fueron presa del enemigo; dejé mi familia en la ciudad de mi residencia para alejar de sus habitantes la sospecha de que tenía se perdiese; la expuse al mayor riesgo, y con efecto, perseguida por los montes, cayó en sus manos, y por miras interesadas me la devolvieron escoltada por tropas, con la propuesta de que si yo dejaba las armas de la mano me devolverían mis intereses, me asignarían una buena hacienda, me señalarían veinte mil pesos de renta anual y me acordarían la graduación de general americano.

“Soy también el único que ha batido y desbaratado las grandes masas de rebeldes, y soy, finalmente, el único que, después del ataque que padeció mi salud ocho días antes de la batalla de Calderón, se puso a la cabeza de sus tropas, y ha continuado un año a la del ejército en los mismos términos.”

Aunque en la anterior exposición, estén juntas la soberbia y la verdad, no era Calleja, como lo creía él mismo, un gran militar, porque sus cualidades eran superadas por sus defectos. Su energía era menor que su crueldad feroz; su constancia igualaba a su lentitud; la venalidad de su alma, que lo hizo apropiarse los espadines de lujo recogidos por la fuerza en Guanajuato, era de tal modo inherente a su carácter, que no halló mejor modo para atraerse y conservar soldados que halagándolos con oro. Calleja frente a Morelos es en el arte de la guerra lo que un artesano lento y tosco frente al artista de concepciones rápidas y geniales.

La indisciplina de Calleja, absteniéndose de cumplir órdenes superiores y en lucha con la tenacidad del virrey, llegó hasta provocar un conflicto inminente, resuelto por el sacrificio que hizo Venegas de su amor propio y del orgullo de su investidura. Calleja renunció al mando del ejército del centro; pero la oficialidad, adicta a su general, al saber que el virrey aceptaba la renuncia y nombraba sucesor al brigadier Irisarri, subscribió en masa una representación en que se declaraba que no serviría más que a las órdenes de Calleja. Venegas, obligado por la situación, no sólo restableció a Calleja en el mando, sino que concedió a éste y a sus tropas los honores de una entrada triunfal en México, una promoción general y, como insignia de honor, una divisa con las figuras de un perro y un león, emblemas de la fidelidad y del valor, con este lema: “Venció en Aculco, Guanajuato y Calderón.”

A esta fuerza de tan brillante fama y estimulada por los triunfos y las ovaciones, debían unirse, para destruir a Morelos, las tropas españolas recién llegadas de la península, compuestas del tercer batallón del regimiento de Asturias y el primero de Lovera. De estos refuerzos se prometían grandes resultados los realistas, tanto por el prestigio del nombre español como porque las nuevas tropas, que eran las primeras íntegramente españolas que iban a tomar parte en la guerra, estaban fogueadas y endurecidas en la campaña contra los franceses.

Según los propósitos del virrey, la campaña debía conducirse así:

Como los principales puntos ocupados por los rebeldes eran Cuautla, Izúcar y Taxco, en la imposibilidad de atacar simultáneamente las tres plazas era preciso operar al mismo tiempo sobre Cuautla e Izúcar.

Las operaciones debían ser efectuadas por la división de Puebla y el ejército del centro, tomando tropas de este último para aumentar el efectivo de la primera. La división de Puebla, para tener 1,531 plazas de infantería, necesitó recibir 500 hombres de refuerzo del batallón de Asturias; sus 250 dragones fueron aumentados con 300, tomados del ejército del centro, y la artillería de la división se formó de ocho piezas, con un oficial y treinta artilleros enviados de México.

La misma división se destinaba especialmente a atacar a Izúcar, haciendo en cuatro jornadas las 16 leguas que separan de Puebla dicha población.

El ejército del centro, por su parte, no estando seguro el virrey de si los insurgentes tenían su mayor reunión en Cuautla o en Cuernavaca, debía seguir su itinerario por Chalco, Tenango, Ameca y Ozumba, quedando en libertad el comandante de la expedición para atacar el punto que creyera conveniente.

Como el virrey tenía la seguridad de obtener un rápido triunfo, dispuso de antemano que, una vez derrotados los independientes, la división de Puebla se encargara de perseguir sus despojos y que el ejército del centro regresara a México para darle el nuevo destino que indicaran las circunstancias.

El 6 de febrero salieron de México los refuerzos destinados a la división de Puebla, y el 12 del mismo mes salió el grueso del ejército, y siguiendo el itinerario marcado por el virrey, llegó a Pasulco el 17, acampando en ese lugar, a dos leguas de Cuautla. Las avanzadas insurgentes se fueron replegando hacia su cuartel general.

Morelos tenía la decidida intención de hacer resistencia formal en Cuautla, y la guarnición insurgente, mandada por don Leonardo Bravo, trabajó en los atrincheramientos durante la expedición del general en jefe al valle de Toluca.

Sabía el caudillo independiente que todas las tropas realistas disponibles iban a caer sobre él, y decidió arrostrar el trance formidable en la única forma que lo permitían sus recursos militares. Aunque ya era jefe de un ejército coherente y bien armado, ni la disciplina, ni el armamento, ni el número eran suficientes aún para provocar un combate en campo abierto, ni menos para tomar francamente la ofensiva contra Calleja. Tenía que compensar las deficiencias de su orga-

nización con las ventajas de una posición favorable. Al elegir Cuautla obró con su acierto genial, y ya veremos cómo estuvo a punto de alcanzar el triunfo definitivo y cómo sólo la fatalidad pudo desbaratar sus combinaciones.

La ciudad de Cuautla le ofrecía un campo de batalla rodeado de haciendas ricas para el fácil aprovisionamiento de las tropas y un clima tan favorable para su gente suriana como temible para los soldados de Calleja, reclutados en la Mesa Central. A primera vista, la posición de Cuautla, abierta por sus cuatro rumbos, hace creer imposible toda resistencia. Es en realidad una plaza sin defensas naturales, y mantenerse en ella como lo hizo Morelos no es fácil hazaña. Pero si se tiene en cuenta los elementos de guerra de la época y se estudia la topografía del terreno con mayor detenimiento, se descubren sus ventajas estratégicas.

La población se encuentra ubicada en un bajo llano, elevado con relación a las llanuras que lo rodean, y que domina toda la región sin ser dominado por ningún punto. Las arboledas copiosas que crecían frente a los edificios facilitaban las maniobras interiores. Al oeste, y de norte a sur, el acueducto de la hacienda de Buenavista, de un trayecto bastante largo y con un ancho suficiente para servir de parapeto, terminaba en la capilla del Calvario, que fue uno de los puntos fortificados. Al oriente se extendían las lomas de Zacatepec, separadas de la población por un río de rápida corriente, y servían en algo de defensa.

El reducto principal se formó entre los conventos de San Diego y Santo Domingo, de fuerte y antigua construcción, rodeando las plazas situadas al frente de ambos edificios de cortaduras y parapetos amonados, con 30 piezas de artillería.

Aunque al principio se creyó disponer de agua suficiente, después se presentaron dificultades para adquirirla, y ya veremos cómo se solucionó heroicamente este problema.

Las tropas de Morelos, formadas por las brigadas de Galeana, Bravo y Matamoros, constaban de 1,000 infantes y 2,000 hombres de caballería, que hicieron sus servicios, cuando fue necesario, a pie, dejando los caballos fuera del pueblo en lugar seguro.

Calleja hizo ascender en sus partes las fuerzas insurgentes a 12,000 hombres y Bustamante pretendió hacer creer que no pasaban de 1,000. La cifra más aproximada es la que suministró el mismo Morelos. Es preciso, sin embargo, tener en cuenta que por las salidas que fue necesario emprender, así como por los servicios exteriores, el número de los sitiados se vio disminuído constantemente.

Sólo recibió como auxilio Morelos 300 hombres enviados por la Junta de Zitácuaro y otros pequeños refuerzos, así como la ayuda de 1,000 indios de las poblaciones contiguas, utilizados en trabajos secundarios.

Tuvo la ayuda indirecta de todas las partidas que ocupaban sin cesar, aunque no intensamente, a las tropas reales, hostilizaban sus destacamentos y amenazaban sus comunicaciones. Don Ignacio Rayón, aunque solicitado por Morelos, prefirió continuar amagando sin éxito la plaza de Toluca.

El 18 de febrero Calleja comenzó a moverse de su campamento de Pasulco, y rodeando cautelosamente la población, caminó seis leguas, hasta llegar a media legua de Cuautla, buscando el lugar propicio para intentar el asalto, que creía de éxito infalible. Acostumbrado a desbaratar masas insurgentes, como él mismo decía, no pensó que, al encontrarse por primera vez frente a Morelos, podía fracasar su táctica habitual.

Los insurgentes advirtieron la maniobra y Morelos en persona salió con caballería para atacar la retaguardia realista; pero Calleja pudo reunir en el punto amenazado todos sus dragones e hizo retroceder en desorden a su enemigo. Morelos, en esta vez, avanzó con tan temeraria decisión, que se vio un momento rodeado por los enemigos y estuvo en riesgo inminente de morir o caer prisionero.

Este lance se ha recogido en forma dramática.

Morelos, Galeana, Matamoros y los Bravo discutían la conveniencia de inquietar la vanguardia de Calleja.

Galeana no lo creía oportuno, sus compañeros opinaron del mismo modo, temiendo el arrojío de su general; pero éste los tranquilizó por completo, asegurándoles que sólo pretendía con su antejo observar bien al enemigo desde un punto más cercano.

No fue posible detenerle, y, seguido de su escolta, atravesó la trinchera del norte de San Diego, avanzando lentamente pistola en mano hacia el Calvario.

Galeana, llamando al jefe Torres, le dijo:

—Suba usted a la bóveda y coloque vigías en lo alto de la iglesia, que observen con atención, y al menor peligro del general, me da usted aviso.

Torres obedeció, marchando a la cúpula con los soldados de su confianza. Los distribuyó en la mejor situación, colocando dos hombres en la linternilla. Apenas terminaba su operación cuando se oyeron vivo fuego de fusilería y un disparo de cañón.

El general había continuado avanzando, y ya bien lejos del fuerte, una descarga cerrada y un cañonazo le diezmaron su escolta. Cayeron a su lado muchos de sus valientes soldados; a uno de ellos lo contempló agonizante. Al dirigir palabras de consuelo y afecto, notándolo muerto, le tomó el fusil, exclamando:

—¡Pobrecito, que no se pierda todo!

La avanzada había fingido huir; pero las columnas de tiradores de las huertas salían de sus escondites gritando:

—¡A cogerlo vivo; ya es nuestro!

Pocos de los acompañantes le permanecieron fieles; la mayor parte emprendieron la fuga. El general les gritaba con todos sus pulmones:

—No corran, que las balas no se ven por la espalda.

Sus gritos eran sofocados por el ruido de los disparos y por la algazara de los soldados, que ya le creían su presa; pero los pocos valientes que lo rodeaban, entre ellos algunos costeños, dejando el fusil, esgrimían el terrible machete gritando a sus compañeros:

—¡Al hierro! Así es más seguro.

Morelos dijo a un oficial que le instaba para que se volviese:

—Más vale morir peleando que entrar en Cuautla corriendo.

El enemigo se reforzaba más y más. Ya no podían disparar sus armas los realistas, que en extenso círculo estrechaban al general y a unos cuantos valientes de su escolta.

En esos angustiosos instantes, Torres bajó precipitadamente los escalones de la torre, en busca de Galeana.

Los vigías de las azoteas gritaban:

—¡Que se llevan a nuestro general!

Torres alcanzó a Galeana en la plazuela; haciendo cubrir los puestos principales y vigilando el reparto del parque, y le dijo:

—Mi coronel, nuestro general está rodeado de enemigos; ya lo arrebatan.

Galeana exclamó:

—Cubra y cuide estos puntos.

Volviéndose a una compañía de dragones de la costa, formada al lado de San Diego, montó rápido, gritándoles:

—¡A mí los valientes; sable en mano contra ellos!

Y, galopando en desorden, avanzaron hacia el Calvario. En cortos momentos estuvieron al alcance del enemigo, que cercaba al general. A la vista de Galeana y sus dragones, los realistas volvieron sus armas, sin tiempo para disparar, y abrieron ancha brecha, recibiendo Morelos en sus brazos al bravo capitán.

—Señor —le dice Galeana con voz resentida—, ¿no rogaba a usted evitar un encuentro? Volvamos pronto.

—¡Vamos, vamos! — contestó serenamente el general, sin apresurar la marcha.

—Señor, vamos de prisa. ¡A otro paso!

—Es que mi caballo no tiene otro paso.

Al amanecer del día siguiente se decidió Calleja a verificar el asalto, formando al efecto cuatro columnas con los cuerpos de granaderos, regimientos de la Corona y de Guanajuato y patriotas de San Luis. La honra de sostener el punto de mayor peligro fue justamente concedida a don Hermenegildo Galeana, que defendió el punto de San Diego. Don Leonardo Bravo mandaba en el convento de Santo Domingo y Matamoros en la hacienda de Buenavista. El cuerpo de granaderos asaltó con valor el parapeto de San Diego, y tanto por el ímpetu del ataque como por la serenidad de los defensores, que dejaron acercarse al enemigo, pudieron los realistas llegar hasta la trinchera.

La columna de Jalón y Segarra fue la primera que tomó contacto con los defensores, y lo hizo con tanto denuedo, que hubo momentos en que, estando la situación muy comprometida, el teniente coronel don Pablo Galeana, que defendía la trinchera noreste, tuvo que abandonarla para reforzar la del general don Hermenegildo, del mismo apellido.

En lo más reñido de la refriega, el teniente coronel Segarra, creyendo descubrir síntomas de flaqueza, dijo a sus soldados: “Adentro, que la trinchera es nuestra”; y lanzándose al frente de ellos, ya estaba próximo a saltarla, cuando el brigadier Galeana salió a su vez, y diciéndole “Esto es lo tuyo”, le mató de un disparo de su escopeta. Quedó Segarra con medio cuerpo sobre el parapeto, y el capitán Mariano Escoto, que acompañaba a don Hermenegildo, le arrastró hacia adentro, arrancándole las charreteras para ponérselas.

Mientras eso sucedía en la trinchera norte, en la del noroeste, o sea la que cruzaba la calle del Encanto, había desembocado el regimiento Provinciales de Guanajuato, horadando casas y saltando cercas, hasta ya casi ocuparla, cuando fue salvada por el joven Narciso García Mendoza, quien, aficionado a la artillería (y del que cuenta la leyenda andaba buscando a su madre herida), tomó el botafuego, y, sin esperar más, prendió la mecha que disparó el metrallazo, produciendo destrozos en la columna irruptora. El disparo y las voces que dio el joven hicieron acudir al capitán José María Aguayo, que defendió la trin-

chera sureste de la plaza, y también a don Pablo Galeaña y a un destacamento que había mandado Morelos para reforzar los puntos más comprometidos. Estas tropas hicieron la defensa hasta rechazar al enemigo.

Calleja, que tenía absoluta seguridad de que al primer empuje cedería la plaza, entró con su esposa en coche por la calle del Resguardo Permanente, seguido de su escolta, bagajes e impedimenta del ejército y rodeado de los españoles administradores de las haciendas vecinas.

Las otras columnas de ataque atravesaron el pueblo taladrando casas hasta llegar muy cerca del reducto fortificado, y durante seis horas, ya generalizado el combate, se peleó con verdadero furor por ambas partes.

Fueron heridos de muerte en la acción los coroneles conde de Casa Rul y Juan N. Oviedo, jefes, respectivamente, de los cuerpos de Guanajuato y de patriotas de San Luis, así como numerosos oficiales, y Calleja dispuso la retirada, que pudo verificarse penosamente hasta Cuautlixco, a media legua de la población, donde estableció su campamento.

El resultado del asalto fue para los realistas la pérdida de cerca de 200 hombres y una gran desmoralización, aun entre los oficiales y jefes, que en la junta militar, reunida en la noche siguiente, opinaron unánimes que no era posible realizar otro ataque hasta que recibieran más elementos. Sin embargo, todavía Calleja creía el triunfo muy cercano, y al comunicar el desastre al virrey, aseguraba que Cuautla exigía un sitio de seis a ocho días, y pedía, al mismo tiempo, artillería de más calibre, subsistencias y forrajes, elementos para formar un hospital de sangre y dinero para los gastos del sitio. Estaba tan lejos de creer Calleja que Cuautla resistiría el asalto, que los heridos del combate no encontraron lugar donde ser auxiliados, y 200 hombres, entre enfermos y heridos, fueron conducidos en burro hasta Chalco y de este lugar a México en canoas.

El triunfo enardeció los ánimos, y parece que por indicaciones del bravo Galeana se llegó a pensar en atacar a Calleja en su campamento, creyéndolo sin municiones y más débil de lo que en realidad quedó. Aunque el valor de Morelos era suficiente para emprender tal hazaña, su instinto militar igualaba a su valor, y, acertadamente, resolvió no moverse de sus atrincheramientos, sin intentar un imposible combate a campo raso.

Mientras en ambos ejércitos se reparaban los daños de la acción, la división de Puebla operaba sobre Izúcar a las órdenes de Llano, de acuerdo con el plan de campaña formulado por el virrey.

El 23 de febrero llegó Llano frente a Izúcar, y después de hacer uso de su artillería, intentó el asalto con dos columnas encabezadas por los expedicionarios de Asturias y Lovera. A pesar de que las columnas fueron protegidas por el fuego de la artillería, los insurgentes, mandados por el padre Sánchez, Vicente Guerrero y Sandoval, rechazaron a los asaltantes y mantuvieron su resistencia con igual éxito en el ataque del día siguiente. Llano se vio obligado a permanecer en su acantonamiento cuando la orden del virrey de incorporarse a Calleja lo vino a retirar del peligro. Empezó la retirada, y logró reunirse con Calleja para empezar juntos el sitio de Cuautla.